

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

13



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1972

de tono cuando se refería a los "monopolistas" de Veracruz, pues decía que la entrada era demasiado pequeña para servir "al reino y estar ubicada en parte incapaz de ser útil a todo, le ha hecho enfermar y mantener sus extremos flacos y débiles. Ese comercio marítimo que no conoce otra regla que el egoísmo, sólo recibe plata y oro. Las provincias de Oriente no le producen, no le (s) puede venir de México, así le (s) será imposible seguir un giro tan dañoso que las va a paralizar, además que digan cómo han tratado a sus hermanos internos, cuál ha sido su buena fe y qué ventajas han proporcionado a esos miserables encarcelados".¹⁵

Por su parte, Arredondo era del mismo pensamiento, pues escribiendo a España, decía: "Vuestra excelencia conoce muy bien que México y Veracruz han sido y son antípodas de las Provincias Internas, porque de la servidumbre y miseria de éstas pende su lujo". Volvía a proponer la habilitación de la Barra de Santiago y otra serie de medidas, incluso la total independencia de las Provincias Internas del virreinato.¹⁶

Poco tiempo después, México se convierte en país independiente. Ya soberana la nación, se hicieron diversos planes para impulsar el poblamiento de la casi despoblada provincia de Texas y el establecer con ella una eficiente comunicación por mar, pero la situación inestable del país frustró todos estos planes. La falta de población sería uno de los factores que determinarían que, pocos años después, perdiera México la más rica de las Provincias Internas de Oriente.

¹⁵ *Ibid.*, 352-353.

¹⁶ Arredondo a Lardizábal, núm. 29, Monterrey, 7 de septiembre de 1814. Citado por Luis Navarro García, *Las Provincias Internas en el siglo XIX*. (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1965), p. 118.

LINAJE, MISERIA Y PORVENIR DE LA HISTORIA LOCAL *

PROFR. LUIS GONZÁLEZ
El Colegio de México

YA ES TIEMPO de que la historia local lance su grito de independencia. Ya lo han hecho algunas hermanas. Lo hizo la biografía hasta el grado de quedar en malos términos con la historia y en buenas relaciones con la literatura. La microhistoria puede hacer también vida aparte de su matriz, e incluso unirse más a una de las tías; quizá a la geografía humana. Entre la historia y la microhistoria se ahondan cada vez más las diferencias. "Los principios de la historia local —escribe Paul Leuilliot— son autónomos y aun opuestos a los de una historia general en sentido escolástico y universitario". Aparte, los historiadores de la maxihistoria ven con olímpico desprecio a los minihistoriadores, y en lugar de ayudarlos, los obstaculizan. No comprenden las metas y los métodos de los gambusinos del detalle, en buena medida porque éstos no se han hecho conscientes de sus metas y métodos peculiares.

La microhistoria nace del corazón y no de la cabeza como la macrohistoria. Los autores de aquella suelen ser más emotivos que los de ésta. El microhistoriador se acerca a su objeto más por simpatía o por antipatía que por el mero afán de saber; su madera es más de poeta que de científico. En la microhistoria se confunde más que en cualquier otro tipo historiográfico el sujeto y el objeto, el ser que se expresa, el ente expresado y el ser comprensivo. Quien la describe suele ser parte de la materia descrita, y quien la lee lo mismo. Admite la mano del investigador extraño a condición de que se identifique con su objeto; se deja leer por el gringo siempre y cuando la sienta suya. Por naturaleza es una forma de comunicación de circuito corto, como la genealogía.

Según el célebre dicho de Benedetto Croce, toda historia es historia con-

* Trabajo presentado al Congreso de Historia del Noreste de México, celebrado en Monterrey en septiembre de 1971.

temporánea porque la búsqueda de las acciones humanas del pasado nace de requerimientos de la vida práctica actual. Con todo, en ninguna investigación histórica la presencia del presente es tan clara como en la historia menuda. Ésta es hija incondicional de los problemas contemporáneos, de las preocupaciones de hoy, de los requerimientos económicos, políticos, sociales e intelectuales de cada pequeña comunidad humana. La historia local es historia actual que se proyecta sobre el futuro; es por lo mismo, la historia para la acción por excelencia; la historia hecha y leída por sentimentales sí, pero por sentimentales activos, como los "apasionados" de la clasificación de Le Senne.

El espacio geográfico de la historia universal es obra de la naturaleza, es la bola de billar denominada mundo. El espacio de la historia continental no es menos físico. El espacio de la historia nacional lo determinan convenios y guerras conforme a vagas razones de Estado. El espacio de la historia local tiene límites poco precisos y muy cambiantes, oriundos del sentimiento y de la acción. Según Unamuno se contrae a "la patria ya no chica sino menos que chica, la que podemos abarcar de una mirada, como se puede abarcar Bilbao desde muchas alturas"; de hecho la que sentimos vivamente y en la que trabajamos codo con codo. Puede ser un edificio —El Colegio de México, el Instituto Tecnológico de Monterrey, la Casa de Moneda, la casa de estudiantes de doña Julieta—; un barrio —la cohetera en Hermosillo, Tepito en la ciudad de México—; una colonia dispersa en una urbe —los arandenses de la capital, los josefinos de Los Angeles—; un pueblo o una villa —El Llano, San Miguel Allende, Zinapécuaro—; una ciudad monovalente —el puerto de Veracruz, Acapulco, Monterrey—; un municipio de módicas proporciones —Yuriria, Silao—; una pequeña región —La Laguna, el valle de Tecomán, la cañada Tarasca—; una porción de tierra más o menos chica, continua o discontinua, pero siempre aceptada como la "aromosa tierra" o el lugar donde trabajo.

Las demás historias, aunque tengan contornos geográficos precisos, pueden callar sin mayores trastornos el escenario de las acciones relatadas. Una historia local es difícilmente concebible si no la precede o acompaña la descripción del paisaje. La historia local es casi siempre geohistoria; es difícil y no es deseable arrancarla de su residencia, de la infraestructura apenas cambiante que es la geografía, de la vida de tiempo lentísimo que nutre y sobre la que reposan estructuras sociales, económicas y culturales y acontecimientos de toda índole. La minihistoria sólo se entiende si parte de la vida natural. La maxihistoria puede partir de los sucesos de duración media y quedarse en ellos como lo hacen las historias económica y social. La mini-

historia, que se desprende del tiempo lentísimo de la geografía, desemboca, casi sin pasar por el tempo moderato de las estructuras en el tempo rapidísimo de la anécdota.

La historia local no desdeña el hecho efímero y menudo. Mientras las otras especies del género seleccionan los sucesos trascendentes e influyentes, y en menor escala los típicos, la microhistoria se inclina por la tipicidad; gusta de lo cotidiano. Hechos de escaso bulto y renombre: hechos que no levantan polvareda; hechos de la vida diaria: nacimientos, matrimonios, muerte, enfermedades, tareas agrícolas, artesanías, comercio al menudeo, solaces, ferias, delitos del orden común, alcoholismo, creencias y prácticas religiosas, supersticiones, folklore en suma. Conductas, ideas, creencias y actitudes que caracterizan una comunidad pequeña, que permiten emparentarla o distinguirla, que ayudan a establecer "su originalidad, su individualidad, su misión y destino singulares" y al mismo tiempo su parecido con otras comunidades o con la sociedad que la engloba. Los historiadores localistas recogen las menudencias que los sabios pedantes tiran con enfado.

La gran historia trabaja, según modas e ideologías, con individuos de nariz levantada (reyes, presidentes, conquistadores, grandes asesinos, cortesanos, santos, sabios y artistas de reconocido prestigio) o con masas (los agricultores, los obreros, la clase media, la burguesía, la nobleza) o con ficciones (el Estado, la nación, el espíritu tal). En cambio, los protagonistas de la pequeña historia son generalmente individuos del pueblo raso; o si se quiere de la élite local que difiere muy poco de la masa local. La microhistoria es el relato individualizado de los humildes, de los vecinos que rara vez aparecen en la sección social de los periódicos y quizá nunca en la sección política o en la sección económica.

El campo de estudio de la microhistoria es muy distinto al campo de estudio de la historia a secas. Los métodos de las dos historias son también muy diferentes. En la macrohistoria el camino está perfectamente trazado. Los macrohistoriadores van a su objeto y a su público por supercarretera. En la historia menuda no existe el camino; el microhistoriador caminando hace el camino. Por regla general, el macrohistoriador antes de emprender la marcha hacia las fuentes de conocimiento histórico se arma de esquemas, hipótesis de trabajo, modelos y ayudantes; el micro sale a la brega con un plumero, un mínimo de ideas previas o hipótesis y el corazón abierto de par en par. Aquél irrumpe en bibliotecas y archivos bien acondicionados; éste cae en verdaderas mazmorras, en sótanos públicos o privados, en el cuarto de los tiliches. Aquél no suele padecer por la penuria, la dispersión, lo poquito de los documentos; éste sabe que la vida local rara vez deja abundantes huellas; rara vez se juntan esas huellas en fondos catalogados, y rara vez dan

información copiosa. Aquél hace su libro sin necesidad de salir a la intemperie; éste necesita recorrer a pie, una y otra vez, la sede de su asunto y visitar y entrevistar a los lugareños; no puede escapar, según opina Lawrence Stone, de la inspección de ojos del terreno y su gente. Las fuentes de la microhistoria no son las mismas fuentes de la macrohistoria.

La crítica y la interpretación de las pruebas microhistoriográficas no cuentan con un código de normas hechas, de poco le sirve la preceptiva de Langlois y Seignobos. Aquí ayudan la malicia y la simpatía del erudito, la capacidad detectivesca y la capacidad amatoria, la lucidez del indiferente y la ceguera del amante. Tampoco hay muchas recetas establecidas para explicar y componer. Por su mayor realismo de concreción, la historia local se inclina a la explicación teleológica, pero acude con mucha frecuencia a la explicación por causas eficientes. Al mismo tiempo cree que las acciones son hijas de los proyectos de los actores y del medio geográfico y social. En cuanto a las arquitecturas adecuadas a la historia local, mejor callarse.

Toda historia debe ser una resurrección del pasado, según el dicho de Michelet; pero en ninguna es tan urgente ese deber como en la microhistoria. Por lo mismo ni se adecuaba a una arquitectura prefabricada, ni puede prescindir en la hora de la redacción, de los recursos artísticos, vivificadores. La historia local, como la biografía, está más cerca de la literatura que las otras especies, ya porque la resurrección de la historia concreta exige un tratamiento literario, ya porque la clientela del historiador local es alérgica a la aridez acostumbrada por los historiadores contemporáneos.

En suma, la microhistoria es muy distinta de la historia a secas por su mayor grado de emotividad, actualismo, geograficismo, particularismo e intención artística y por ser menos formalista, metódica, cuantitativa y científica. Se trata de una ciencia balbuciente y un arte bien desarrollado con larga, larguísima tradición en todo el mundo y en México.

LA TRADICIÓN de la historia local entre nosotros se remonta a la época prehispánica. Como lo ha visto don Wigberto Jiménez Moreno en la Mesoamérica anterior a la conquista "sólo existía la historia parroquial. Nuestros indígenas carecían del concepto de Historia General y en lápidas o en códices consignaban sucesos relativos a su comunidad, rebasando este estrecho marco sólo cuando se trataba de conquistas efectuadas en lugares más o menos distantes, o cuando se aludía a lejanos puntos de partida de donde procedían algunos inmigrantes. La historia precolombina es, pues, casi siempre, 'microhistoria'."

En la época colonial, aunque no fue la especie predominante, la historia local se diversificó, tuvo mejores fuentes de información y adquirió recursos expresivos ignorados antes de la llegada de los españoles. En tres ocasiones la Corona alentó esas casi historias llamadas relaciones historicogeográficas. En los siglos XVI y XVII florecieron las crónicas conventuales y en el siglo XVIII empezó a cundir el interés por la vida urbana que en esa centuria se dio un estirón fuerte. Aparece la historización de ciudades como Puebla, Zacatecas y Durango.

Las guerras de independencia no fueron propicias para la microhistoria. En cambio, el primer momento de la vida independiente patrocinó "noticias geográficas y estadísticas", parecidas a las viejas relaciones historicogeográficas. Hacia 1833 México sale de una etapa de euforia nacionalista y se inscribe en un período ásperamente localista. Se vive en plena disociación, en la lucha de las partes contra el todo, en el mero auge de lo local y comarcano. Por un lado, la atmósfera es propicia para los trabajos históricos de comunidades y comarcas; por otro, la tormenta sin fin deja poco tiempo y poca paz para las tareas de desenterrar papeles viejos. Como quiera, durante la matanza de todos contra todos se hicieron algunas obras ejemplares: los *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz*, de Miguel Lerdo de Tejada; las *Noticias de Durango*, de José Fernando Ramírez; el *Diccionario histórico de Yucatán*, de Jerónimo del Castillo, y las *Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán*, del canónigo José Guadalupe Romero.

Desde mediados del siglo XIX "las invasiones extranjeras y la presencia de un vecino todopoderoso" habían robustecido en los jóvenes de la aristocracia y la mesocracia de las ciudades mexicanas, un nacionalismo desconfiado, a la defensiva, triste y proselitista. Aquella gente, al asumir plenamente el poder, después de sepultar al cosmopolita Maximiliano de Habsburgo y el ranchero Tomás Mejía, hizo lo indecible por robustecer el nacionalismo; propició la historia nacional y le hizo el feo a las historias estatal y local. Como reacción, los gobiernos locales las patrocinaron, y en tiempos de don Porfirio el número de libros históricos subnacionales no bajó de cien; los más de historia de los Estados, pero alrededor de treinta de índole local por el espacio a que se refieren, que no siempre por las metas y los métodos. La difusión del positivismo no podía ser provechoso para la microhistoria, más próxima al arte que a la ciencia.

La Revolución Mexicana durante su etapa destructiva, de 1910 a 1940, fue tan nacionalista como la Reforma, pero los revolucionarios, en su mayoría campesinos, defendieron la tesis de que se podía ser patriota sin dejar de ser localista. Se convirtió en virtud lo que fuera vicio: "la adhesión calu-

rosa a la tierra nativa". Alfonso de Alba observa que aun los más universalistas de nuestros intelectuales revolucionarios se dejaron atraer por el colorido local. Como Ramón López Velarde, que empequeñeció a la capital "ojerosa y pintada" y puso por las nubes a su Jerez natal, muchos poetas y novelistas le hicieron "comerciales" a la existencia trivial y pueblerina. Los hombres de letras, no los del gremio de la historia. Los de más nota entre éstos nadaron en otras corrientes: el indigenismo, el colonialismo, el hispano-americanismo. Sin embargo, en los primeros veinte años de época revolucionaria salieron a la luz más libros de microhistoria que en los cuarenta años de la era liberal. Yo conté para el período 1911-1940, 148 libros de historia regional y local; el 57% caen en la categoría de historia de los Estados, y 43% de historias locales. Las más de éstas historian a ciudades de fuste. Los temas políticos siguen predominando. También abundan las monografías enciclopédicas. Irrumpen con fuerza dos nuevos modos de microhistoria: la etnohistoria que echa a retozar don Manuel Gamio, y la historia lugareña del arte, lanzada por un sentimental trotamundos, por don Manuel Toussaint.

El nacionalismo mexicano es otro desde 1940. Se ha vuelto más popular y también más aguado y tibio. Ya no profesa odios vigorosos contra lo extranjero y ve lo lugareño con indiferencia. Después de todo, se aproxima el fin de las desigualdades locales. El patriotismo local amengua. La nostalgia por la vida que se escurre mueve el interés de muchos. De 1941 a 1970 aparecieron alrededor de trescientas historias de tema regional y parroquial; esto es, diez por año, el doble de las publicadas durante la Revolución y el triple de las que produjo el Porfirismo. Las historias locales han aventajado en número a las de asunto regional. Va de salida la moda de hacer historias de los Estados. El 60% de la producción reciente es parroquial. Todavía más: crece la cifra de libros microhistóricos que toman como asunto ciudades chicas y pueblos. Otra buena noticia: ya muchos Estados tienen animadores entusiastas —y a veces, además de entusiastas, muy profesionales— de la historia localista. Así en el Estado de México, Mario Colín; en Veracruz, Leonardo Pasquel; en Nuevo León, Israel Cavazos; en Jalisco, José Ramírez Flores, etc., etc. Como quiera, la historia local no ha alcanzado su máxima estatura. Ahora se enfrenta a muchos problemas, a variados obstáculos, a serias lesiones.

LA CRISIS ACTUAL de la microhistoria mexicana es múltiple. Hay problemas en autores, lectores, asuntos y métodos. Aunque se dan muy ilustres excepciones, por regla general el sacerdocio de la microhistoria es de dos especies: la amateur pueblerina y la profesional capitalina. Los de la especie amateur

carecen de formación historiográfica, no cuentan con auxilios institucionales, están en mala situación económica, dedican los ratos perdidos a Clío, viven aislados del mundo intelectual, desconocen las nuevas corrientes de metodología, van a la zaga, muy a la zaga; están fuera de onda, completamente *out*. Una de sus virtudes es la de carecer del vicio del profesionalismo; otra, su vocación por el tema. Los microhistoriadores de la especie profesional generalmente son meras máquinas hacedoras de libros de tijera y engrudo; indiferentes a la vida menuda que pretenden historiar, sin cariño por su objeto de estudio. Ni los vocados sin oficio, ni los profesionales sin vocación pueden prestar buenos servicios a la minihistoria.

El lectorio y el auditorio de los historiadores localistas sigue siendo reducido, pobre y espontáneo. En el círculo académico las microhistorias gozan de poca estima. Los críticos rara vez les conceden un rato de atención. El gran público no sabe de su existencia. Circulan entre amigos. Muy pocas veces trascienden las fronteras de su terruño, y ni siquiera en éste llegan muy allá. No cumplen la función para la que fueron escritas. No despiertan la conciencia histórica de los lugareños ni les permiten resolver los problemas prácticos locales. No alcanzan a los activos y no se puede pretender que generen acción. No se imponen como textos en las escuelas, y de nada le servirán a esos futuros trabajadores que son los educandos. Vienen casi del vacío y caen en el vacío. Ni siquiera pasan, como diría don Arturo Arnáiz y Freg, de la tumba de los archivos a la tumba de las bibliotecas porque las más no provienen de aquéllos y sólo las menos son recogidas en las bodegas bíblicas.

En los últimos años el esfuerzo heurístico de los microhistoriadores ha aumentado. El uso de fuentes primarias es del dominio común. Sin embargo, lo conseguido está muy lejos de la meta ideal. Todavía se anda a tientas; todavía la microhistoria se hace más con conjeturas que con pruebas. La razón es clara: los investigadores provincianos difícilmente logran acceder a las pruebas. ¿Quién no reconoce la pobreza y mal funcionamiento de las bibliotecas públicas? ¿Quién ignora el desorden de nuestros archivos? La mayoría de las fuentes de la historia local no ha sido recogida aún en los repositorios públicos. Muchas han sido sustraídas por bibliómanos y maniacos de los papeles viejos de los mal custodiados archivos y bibliotecas. Otras han sido entregadas al fuego o vendidas para servir de papel de envoltura. La situación provincial de los depósitos de fuentes suele ser tan mala que más de alguno considera salvadora la emigración de nuestros testimonios hacia los Estados Unidos.

Sobre la dificultad de allegarse fuentes para la historia local se podría decir mucho. Sin duda lo dirá una de las máximas autoridades en la materia,

don Antonio Pompa y Pompa. Sobre el mal uso que en la mayoría de los casos se hace de las escasas fuentes accesibles, baste decir que la crítica documental está en pañales. De hecho todas las operaciones del análisis histórico dejan mucho que desear. No tenemos detectives de la historia; nos faltan heurísticos, críticos y hermenéuticos; hay muy pocos cultivadores de las ciencias auxiliares. Por ausencia de asistentes, el historiador local se ve obligado a convertirse en hombre orquesta y naturalmente falla en el uso de algunos instrumentos; fallaría aunque no fuera, como lo es casi siempre, un impreparado.

Por diletantismo, por dificultad de reunir fuentes, por escasez de colaboración, la temática de la historia local sigue siendo tan estrecha. Como la fachada de las vidas política y religiosa produce documentación numerosa y asequible, nuestra historia parroquial sigue adicta a los sucesos políticos y religiosos externos. Como el historiador parroquial generalmente es un empleado de la autoridad civil o de la autoridad religiosa o de la autoridad económica, o de las tres, acostumbra hacer chorizos de semblanzas prosopopéicas de sus patrocinadores y de los parientes de sus patrocinadores. La mayoría de la historia local calla casi siempre los aspectos más significativos de la vida lugareña; esto es, las facetas distintivas y más necesitadas por la acción.

De las muchas debilidades del conjunto de nuestra historiografía parroquial quizá las más notorias son las arquitectónicas y estilísticas. La manera como nuestros eruditos locales suelen distribuir el fruto de sus investigaciones está muy lejos de la arquitectura funcional. Ni la forma de efemérides, ni el orden alfabético de asuntos, ni las colecciones de estampas y episodios, ni las escuetas narraciones cronológicas son los moldes más apropiados para recrear la vida local. Otra cara repelente de esa historiografía —y no privativa de ella— es la prosa solemne, esdrújula, camp; la prosa más alejada del modo como habla el común de la gente; la prosa menos expresiva de las comunidades reseñadas; la prosa mortífera, no vivificadora.

Aunque la historia local tiene una larga, y a veces luminosa, tradición; aunque es, por su número, uno de los fragmentos mayores de toda la historiografía mexicana, por sus muchas deficiencias sólo esporádicamente puede servir de ejemplo a la historiografía local del futuro. En este caso urge más que en otros abrirse a una "nueva historia", darle la espalda a la tradición, huir de lo hecho. Hay que pensar en una "nueva historia local" que no sea copia y plagio de ninguna otra, ni de la tradicional nuestra ni de la que se estila ahora en los países desarrollados. La "nueva historia local" mexicana debe inspirarse únicamente en nuestras posibilidades y nuestras

urgencias; o mejor dicho en las posibilidades y necesidades de cada mini-región.

EL PORVENIR de la historia local puede ser muy halagüeño. Hay tela de donde cortar. Es posible tener a corto plazo un buen equipo de sastres cortadores. Existen muchas mieses espléndidas todavía sin operarios. Son cada vez más los deseosos de oír el mensaje, la buena nueva, de la historiografía microscópica. El futuro que se vislumbra es vigoroso porque las oportunidades actuales son espléndidas.

Quizá por ser un país en vías de desarrollo, quizá por mantenerse disímulo a pesar de los esfuerzos igualadores de la modernización, quizá porque su historia nacional es sólo piel y sus entrañas son particularistas, quizá por la supervivencia de los amores al terruño, México es particularmente proclive a la historiografía menuda. El camino natural de la ciencia histórica mexicana es localista. Los otros caminos han sido impuestos por el poder, la imitación extranjerizante, la moda y la pedantería universitaria. Muchos jóvenes aspirantes a convertirse en historiadores confiesan que su mayor interés reside en reconstruir la vida del corto pedazo de tierra y de la pequeña comunidad a la que aman, de donde provienen, donde muchas veces laboran. Son los profesores, los poderes político, económico y religioso, la costumbre pop, las academias, los cenáculos los que los apartan de su vocación espontánea.

La curiosidad histórica se dirige hacia la vida local porque ésta, en México es de una riqueza inconmensurable para la emoción, el pensamiento y la acción. Los temas atractivos, los temas en busca de autor se cuentan por millares. Entre los muchísimos que se podrían citar me permito ofrecer en seguida los primeros que me vienen al recuerdo: una de tantas haciendas de autoconsumo, alguna vieja hacienda lucrativa, las modernas haciendas agrícolas de los Cusi en la Tierra Caliente de Michoacán, algún latifundio pecuario del Norte, alguna hacienda pulquera de la región central, una comunidad prehispánica que haya logrado escapar a la transculturación española, una comunidad indígena semitransculturada, una fundación hispánica, un pueblo marginado, un pueblo de paso, un puerto interior, un puerto exterior, una villa de feria, una sociedad involucionaria como la de Yucatán a raíz de la guerra de castas, un conglomerado de aspiraciones milenaristas como el de la Cruz de Palo en la sierra-costa de Michoacán, alguna tribu todavía peregrinante, algún grupo totalmente sedente, el pueblo fábrica, la ciudad minera, la congregación religiosa, la congregación delic-

tuosa; en fin miles de agrupaciones humanas de tantos tipos, para todos los gustos y que se pueden recrear desde muchos ángulos.

La historia económica a nivel local ofrece enormes posibilidades. La historia local de las actitudes ante la vida, la muerte, el dinero y la novedad es otro campo inexplorado. La nueva historia local debe abrirse a todos los sectores de la vida: la economía, la demografía, la sociedad, la religión, la política, las ideas, las creencias, las actitudes, el arte, la ciencia y la literatura popular. No hay disciplina histórica que se preste tanto a la historia del hombre entero, a la historia integral, como la microhistoria.

El profesor Finberg opina que al través de la minihistoria es como se llega mejor a la verdad humana. Para él, la historiografía microscópica, como suele ser la mini, contiene más verdad que la telescópica; se alcanza una mayor aproximación a la realidad humana viendo lo poco que es posible ver desde la propia estatura que contemplando un gran panorama desde una elevada torre o desde la ventanilla de un avión de retroimpulso. El mismo profesor le concede otra virtud a la pequeña historia, la de ser un gimnasio ideal para desarrollar los músculos historiográficos de los estudiantes de historia, porque la historiografía local, como ninguna otra, exige la aplicación de todas las técnicas eurísticas, críticas, interpretativas, etrológicas, arquitectónicas y de estilo.

La historia de lugares pequeños tiene muchas posibilidades en la república mexicana; en muy buena medida por lo rico y múltiple de las fuentes locales, a pesar de lo disperso y maltratado de esas fuentes. La tradición oral está muy viva entre lugareños y es un tipo de testimonio notablemente fecundo si se les trabaja con los métodos afinados de la entrevista. Los registros parroquiales testimonian no sólo el cambio demográfico; también el social y aun el mental, sobre todo en los libros de informaciones matrimoniales y visitas de obispos. Los archivos de notarías permiten trazar la trayectoria de la tenencia de la tierra y muchos aspectos más de lo social y económico. Los papeles de las haciendas, los diarios de las amas de casa, los libros de diezmos, las petaquillas donde se custodian las reliquias del pasado familiar, las cicatrices del terreno, la aerofoto, los periódicos, los censos, la vieja arquitectura son sólo algunos de los caminos que se ofrecen para meterse de rondón hasta el fondo de la vida histórica lugareña.

Aparte existe una demanda creciente de microhistoria por parte de los historiadores de alcance nacional, los economistas, los sociólogos y los geógrafos humanos, en México y en el extranjero. Lucien Febvre escribió hace 30 años: "sólo conozco un medio, uno solo, de comprender bien, de situar adecuadamente la gran historia, y es la de poseer a fondo, en todo su desa-

rollo, la historia de una región, de una provincia..." Años después don Alfonso Reyes dijo: "Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales... En los historiadores locales están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales se entenderían mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región". "La economía regional —escribe Leuilliot— necesita mucho de la historia local que le procura materiales y métodos de aproximación". Y no sólo entre los colegas de otras ramas del conocimiento, también en el círculo popular se perciben signos de acercamiento. Todo hace esperar un próximo auge de la historia local. Sin embargo es creíble que sin el concurso de una política, se malogrará.

LA POLÍTICA a seguir para lograr el advenimiento de la "nueva historia local" requiere de la colaboración de todos y cada uno de los historiadores localistas; necesita de la colaboración de asambleas como ésta. Entre todos debiéramos formular los medios de contribuir al desarrollo de los estudios microhistóricos. ¿No podría salir de este Congreso un comité encargado de proponer las medidas adecuadas para hacer factible el desenvolvimiento de esa nueva historia? Quizá ofrezcan alguna utilidad para la hechura de un plan de operaciones en pro de la microhistoria las propuestas presentadas en orden disperso por don Wigberto Jiménez Moreno y por mí a la Tercera Reunión de Historiadores de México y los Estados Unidos reunida en Oaxtepec en noviembre de 1969. Allí el profesor Jiménez Moreno propuso los puntos numerados del 10 al 16 que leeré a continuación de los perpetrados por mí para no apartarme del orden en que se leyeron en Oaxtepec. No son una política bien planeada pero sí semillas para un plan político. Me permito ofrecerlas como punto de partida. Allí se pidió:

- 1) Que la Secretaría de Educación Pública y las direcciones de educación de los Estados hagan sitio a la historia local en los niveles de enseñanza primaria y secundaria.
- 2) Gestionar que nuestras universidades y centros de alta cultura abran seminarios y cátedras donde se enseñen y apliquen los principios y métodos de la historia local.
- 3) Conseguir para los pasantes de historia proclives a la microhistoria se les conceda beca por un año para investigación y organización de archivos provinciales, y el informe sobre su búsqueda se les acepte como tesis para optar a los grados de licenciatura y maestría.
- 4) Reanudar los congresos nacionales de historia que desde 1933 ayuda-

ron a establecer el contacto entre historiadores de la capital y la provincia y a promover las investigaciones de historia regional y parroquial.

5) Formar desde luego una asociación de historiadores localistas cuya sede podría estar en la capital de la República o en una de las capitales de los Estados.

6) Propiciar que el mecenazgo del gobierno y las fundaciones se extienda a la historiografía de tema local en forma de becas, o sinecuras burocráticas, o premios a la labor hecha, o mediante la edición y distribución de las obras de nuestros cronistas locales.

7) Difundir, por medio de una revista creada ad hoc, las nuevas orientaciones de la microhistoria en otros países y los trabajos microhistóricos hechos en México.

8) Promover la traducción de obras de historia local que se distingan por su carácter innovador o su perfección técnica.

9) Fundar una universidad de verano, cuya sede podría ser El Colegio de México, donde por un par de meses cada año se impartieran conferencias y cursillos sobre principios y métodos de historia local.

10) Procurar en cada capital de Estado y en otras poblaciones de importancia, la fundación de juntas de geografía e historia locales, integradas por personas idóneas, conocedoras del ambiente geográfico en que viven y de los antecedentes históricos del lugar.

11) Que se procure la instalación adecuada de ciertos archivos locales importantes, y la catalogación de sus fondos documentales, mediante la colaboración de los gobiernos de los Estados o de las autoridades municipales con el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

12) Que se introduzcan libros de lectura especiales para cada Estado, en que los temas sean, con preferencia, la geografía, la flora, la fauna, el folklore, la arqueología, la etnografía y la historia de la región, lo mismo que datos de carácter lingüístico, y juicios sobre el valor de los productos artísticos regionales, revinculando por estos y otros medios a los habitantes con la región.

13) Que se promueva la creación de un Instituto de Geografía e Historia Regionales, preferentemente dentro de la UNAM, con el apoyo de las universidades estatales y en colaboración con ellas. Tal instituto contaría con mapoteca, biblioteca, hemeroteca y archivo documental de micropelícula.

14) Que se pida a El Colegio de México auspicie la elaboración de una historia de la historiografía mexicana y dentro de ella se consagre atención a la historiografía regional y local.

15) Que se solicite a El Colegio de México encargue a persona o personas idóneas la elaboración de una bibliografía de la historia regional y local de México.

16) y último, Que se recomiende a los gobiernos y universidades de los Estados patrocinen la publicación de bibliotecas de autores regionales, consistentes en series en las que se den a conocer o se reimpriman, obras importantes de historiografía regional.

En suma, como dijo el ilustre regiomontano Alfonso Reyes, "abrir el fuego en toda la línea".

Indice, p. 23, transcripción de un texto de encomienda de la época de Hernán Cortés, según la cartada Bartolomé de las Casas y fray Bartolomé de las Casas. El contenido, como ahora puede confirmarse por otros y numerosos documentos.

El primero es fecha que se encuentra en el título otorgado por Hernán Cortés, el 4 de abril de 1522, en Coahuacán, ante Alonso de Villanueva, quien actúa "por mandado del capitán general de esta" que dice:

"Por la presente deposito en vos Gonzalo Carrizo, vecino de la ciudad de Tenustitlan, el señor y natural del pueblo de Coahuacán que es en la provincia de Guipuzcoa, para que se sirva dello e se ayude en vuestras haciendas e granjerías, asi como a los herederos que sobre ella se han de e con cargo que trabajo de lo indiar en las cosas de nuestra santa fe católica, procurando para ello toda la diligencia e sollicitud posible e necesaria".

La misma referencia sobre la figura referente relativa a las "encomiendas que sobre el dicho pueblo e su tierra" aparece en un título otorgado por Hernán Cortés el 24 de agosto de 1522, en favor de Pedro de Alvarado por lo que toca a los pueblos de Tutunpuque con Guaymas y Apachagua y Chacatepeque y Comatepeque y Totoltona y Chila y el pueblo de Xalapa;" de Fernando Alvarado, vecino de la villa de Segura de la

Tratado presentado al Congreso de Historia del Estado de México, celebrado en Monterrey, en septiembre de 1971.

Museo Nacional de México, Colección Pico y Tizapán. Cortés I de México y Navarra, 1521, Folios 101, 123-124.

Primeros de Indias de Alonso de México, 1511, p. 177. Sobre los libros de este conquistador, véase: William H. Stiles, "A Conquistador's World: Notes on the Works of Don Pedro de Alvarado," The Americas, 1904-2 (Washington, D. C., 1947), 159-163.